

LA CORRESPONDENCIA DE LOS NIÑOS.

SEMANARIO DOMINICAL CONSAGRADO A LOS EDUCANDOS DE AMBOS SEXOS.

AÑO I.—NÚM. PROSPECTO.

MADRID, DOMINGO 9 DE ABRIL DE 1876.

PIZARRO, 14, BAJO.

CONDICIONES.

Suscripción, un real al mes en toda España.
Un ejemplar, cinco céntimos de pe-seta.
Anuncios, á precios convencionales.

- (1.ª) Conforme á las condiciones impresas en los recibos se regala á los suscritores, como prima, un abono de teatro, un reloj, una muñeca, una obra u otro objeto que elijan, cuyo valor no exceda de 200 reales.
- (2.ª) Se publicarán los ensayos literarios, problemas, charadas, geográficos, etc., de los niños suscritores, si á juicio del Director ofrecen interés.
- (3.ª) Se publicará el retrato de los niños que por su conducta, talento ó aplicación se hagan merecedores de ello.
- (4.ª) Se organizarán con frecuencia certámenes infantiles y se adjudicarán premios á las mejores obras.
- (5.ª) No se devolverán los originales aunque no se publiquen.
- (6.ª) No se sirven suscripciones cuyo pago no se haga adelantado.

ADVERTENCIA.

Las palabras acompañadas de un asterisco* están definidas ó explicadas en el VOCABULARIO que va en cada número.

A LA PRENSA.

Para atrevernos á saludarte ¡oh prensa omnipotente! apelamos al recuerdo de aquella tierna edad de tus ya robustos hijos en que estaba su ingenio aún en crisálida*, cual el de los amiguitos á quienes hoy dedicamos esta modestísima publicación.—No nos niegues, pues, tu apoyo mientras veas nuestro afán en cultivar el corazón de la niñez con la doctrina de la ciencia, con el sentimiento del deber y con el amor del trabajo; pero aplástanos cual víbora ponzoñosa y ¡malditos seamos! si vertemos un grano de vicio en el alma de esta juventud de quien la patria espera su grandeza, su riqueza y su regeneración.

NUESTRO PROPÓSITO.

A LOS PADRES DE FAMILIA,

A LOS MAESTROS.

Hay en Europa cinco millones de soldados y otros tantos millones de mendigos. Los gastos que ocasionan los primeros son doscientos millones de reales cada día, y lo que se emplea en mantener á los segundos y castigarlos por sus crímenes, pasa con mucho de cien mil millones cada año, pues sólo en la Gran Bretaña se consumen anualmente cuarenta millones de libras esterlinas* para nutrir á esa lepra que le roe las entrañas y que se llama pauperismo*.

En tanto, sólo se dedican unos diez millones de reales diarios en toda Europa para el sostenimiento y desarrollo de la enseñanza pública. Es decir, que los gastos ocasionados por la paz armada (que equivale á la guerra constante), y por mantener á cinco millones de mendigos sin sacarlos de su miseria, ó de castigarlos por sus crímenes sin sacarlos de su ignorancia, son infinitamente mayores que los fondos dedicados al desarrollo de la enseñanza pública, á pesar de que la economía política* tiene probado hasta la saciedad, que la instrucción es el modo más barato de evitar las carnicerías intestinas y las luchas internacionales. á la par que el remedio más eficaz para extirpar los gérmenes de la miseria, cuyos extragos se manifiestan por desgracia en forma de crímenes horrendos.

El testimonio de todas las prisiones del mundo en lo que respecta á las relaciones que existen entre el crimen, la miseria y la ignorancia, no puede ser más concluyente. El noventa y cinco por ciento de los crímenes se cometen por personas que no saben leer ni escribir, y está probado, que entre cada doscientos criminales, existe uno apenas, que haya recibido una mediana educación.

Sin embargo, entre nosotros, la enseñanza es el punto en que menos se piensa y la obra en que menos se trabaja, porque lo turbulento de nuestra sociedad y las convulsiones que de continuo la sacuden, apenas dejan el tiempo necesario á los administradores públicos para ocuparse en su organización y desarrollo.

Llega el descuido hasta permitirse que se cierren las escuelas por falta de maestros; á

que se paguen en patatas los servicios prestados por los malinados pedagogos; y hasta á tolerar que se les arrojen á pedradas de los lugares, á manera de alimaña peligrosa; en suma, la profesión de mesías de las escuelas en España, por más que sea la más digna y la más benéfica al país, tiene su cruz de sacrificio en el Calvario de la miseria.

Ante estos datos, ¿tiene razón de ser un periódico moral, barato, práctico, que supla en lo posible la falta de elementos educadores donde no existan, y que los complementen donde estén organizados?—El resultado lo dirá, pero si no alcanzáremos nuestro propósito, discúlpenos al menos la fé que abrigamos en la generación que se levanta, á quien está acaso reservada la gloria de prestar á la patria el prestigio de que es digna y devolverla su sitio en el cónclave* de los pueblos esclarecidos.

LA VIRTUD DE LAS VIRTUDES.

Hay virtudes indescriptibles que se sienten y no se explican, que ninguna filosofía enseña y que ninguna criatura ignora, porque todo lo que constituye una gran verdad humana tiene un apóstol intimamente encarnado en nuestra alma, que es la voz de la naturaleza. La adoración de Dios, la veneración de nuestros padres y el amor de la patria pertenecen á esta noble categoría de augustos sentimientos, donde tiene origen la virtud del deber que todo lo ennoblece, que todo lo magnifica y que todos guardamos como una hostia en el sagrario de la conciencia.

La vida es como el Océano: está llena de misterios, de escollos y de tempestades; pero así como el navegante, confiado en su aguja y su timón, surca sereno las olas de los mares,—cruza el hombre la vida, poseído de fé y de valor, á través de sus luchas y dolores, si le acompaña el ángel custodio del deber que con su mirada severa rechaza á la vil pasión, horroriza al crimen y precede siempre al justo como una estrella de salvación.

La vida se compone de poesía y de prosa, de luz y de sombra, de paz y de peligros. Su prosa, sus sombras, sus peligros, es lo que es, el egoísmo, el vicio, la miseria, la ignorancia, las dolencias, la perversidad: su poesía, su luz, su paz es lo que debiera ser, la generosidad, la virtud, el bienestar, la cultura, el amor del prójimo. Por eso antes de entrar por las puertas de la existencia social, debe todo hombre armarse del escudo del deber á fin de resistir dignamente en la batalla de la vida á la halagüeña tentación de los vicios y á los embates de la perversidad, para poder exclamar cual otro César*: *Viví, Luché y Vencí*.

Escuchad, pues, con avidez, amiguitos míos, la palabra de los maestros, esos modestos lapidarios del cerebro, que como las velas se consumen para alumbraros las sendas de la vida desde la cuna al ataúd; escuchad solemnemente su voz que os robustecerá el corazón y os preparará para que en día no lejano sepáis cumplir el deber que Dios ha impuesto á todo ser humano de honrar á sus padres y de contribuir á la gloria de su patria. ¡Bendita sea la Providencia, que así como al lado de la sed nos puso el agua, al lado de las llagas de los vicios nos puso el bálsamo del deber!

¿QUEREIS SER MILLONARIOS?

Muchos niños se entregan desde su más tierna edad al vicio del cigarrillo, ignorando los incautos que nada deteriora la salud como el uso immoderado de la hoja del tabaco. En unos, produce una ronquera enojosísima que da á la voz cierto carácter grosero y antipático; en otros, palpitaciones del corazón; otros se llenan la boca de llagas asquerosas; otros sufren horriblemente del estómago ó del pulmón; otros se embrutece; y por desgracia, muchos acaban por adquirir el gusto de los licores y bebidas embriagantes. Entre los niños pobres que no pueden alimentarse abundante y regularmente, es donde más se notan los efectos y estragos de la nicotina*, y hasta se ha observado que los pueblos muy dados al uso del tabaco, adquieren há-

bitos de pereza muy marcados, como acontecía con los indios del Caribe, y como actualmente sucede entre los musulmanes de Turquía.

Además puede decirse que el que fumadesde su más tierna edad, consume en humo el dinero que habria podido emplear en hacerse millonario, pues si un jóven, en vez de gastarse un real diario por una cajilla de cigarros, va economizando cada día su valor, y colocando al fin del año la suma de 365 reales que produce, al 10 por 100 de interés,—en veinte años habra ahorrado 7.300 reales, los cuales agregados á los intereses compuestos que hayan devengado, arrojan un total de unos 20.000 reales; y un jóven honrado, laborioso, que ha sabido dominar en sí el vicio repugnante del tabaco y reunir un capitalito de 20.000 reales de vellón, sabe en otros veinte años ganarse un millon de duros lo más fácilmente del mundo. Dicen los que han sabido hacerse ricos, que lo que cuesta son los mil duros primeros. Pues ya sabeis que no fumando los teneis en el bolsillo.

LO QUE ES EL MANA.

Desde que abrimos las primeras páginas de la Historia Sagrada, todos aprendemos que los israelitas se alimentaron del MANA que les llovió del cielo, durante los cuarenta años de su peregrinación en el desierto; pero lo que casi todos ignoramos es que el MANA, sigue existiendo y sirviendo de alimento á muchas tribus nómades* de árabes y de tártaros, ni más ni menos que en los tiempos bíblicos de Moisés.

En 1776, el naturalista Pallas* fué el primero que llamó en Europa la atención de los sabios acerca de la actual existencia del MANA, á que dió el nombre de *Lichen esculentus*; y posteriormente se ha probado hasta la saciedad que las colinas calizas más estériles del desierto tártaro y las llanuras areniscas de Trípoli y de Argel se cubren con frecuencia de abundantísimo MANA, muy semejante á pequeñas piedras cenicientas, y muy difíciles de distinguir de las piedras ordinarias.

A manera de hongos, nacen estas plantas por la noche, y como no están anejas á la tierra, el viento las impele aquí y acullá, amontonándose hasta formar muchas pulgadas de espesor. Otras veces, impelidas por furiosos remolinos, atraviesan leguas y leguas el espacio, hasta que caen al fin entre la lluvia, como cae el renacuajo y la larva* del mosquito.

Durante una gran escasez de alimento en Erzeroum, há cosa de veinticinco años, cayó tan nutrida lluvia de MANA, que hubo de salvar de las agonías de una muerte segura á miles de habitantes en aquella afligida comarca; y se asegura que durante una expedición que emprendieron hácia el interior de Africa unas fuerzas del ejército francés, subsistieron varios días manteniéndose con este liquen*, cocinándolo y haciendo de él un pan que les parecía excelente.

En el sistema botánico moderno está clasificada esta planta en el género *Lecanora*, por cuya razón se la ha llamado *Lecanora esculenta*. (Su sinónimo es *Placodium susufi*).

PENSAMIENTOS DE BALMES.*

—La educación es al hombre lo que el molde al barro: le da forma.

—Conocemos más los libros que las cosas: y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros.

—Conviene aprender las reglas y acostumbrarse á ellas, como los músicos al compás; después lo llevan sin advertirlo.

—Hay muchos aficionados á la música y pocos músicos: lo mismo sucede con la poesía.

—Hay bastantes cabezas que son bibliotecas; pero pocas inteligencias.

—El hablar es una maravilla: el pensar es un misterio: el hombre es un abismo.

—Un génio es una fábrica: un erudito un almacén.

—Hay reputaciones que se parecen á los cadáveres que se conservan enteros en una caja bien cerrada; en dándoles el aire se convierten en polvo.



UN PROBLEMA.

En las estadísticas* de los países civilizados se calcula que, como término medio, cada habitante consume cien alfileres al año. España tiene 16.000.000 de habitantes; es claro, pues, que los españoles (y sobre todo las españolas que están poseídas de la pasión de los alfileres desde que nacen hasta que mueren) consumen *mil seiscientos millones* de alfileres cada año, los cuales, si se colocan juntos, pesan 180 toneladas de cobre. Como consecuencia, en diez años hemos usado en España 1.800 toneladas, ó sean 36.000 quintales de alfileres, para cuyo acarreo se necesitan 18.000 mozos de cuerda, suponiendo que cada uno pueda cargar ocho arrobas. Ahora bien, ¿cómo explicar la desaparición de tantos millones de alfileres? No vuelven por cierto á las fundiciones. No los reducimos á polvo. No los quebramos. No los enterramos. —¿Pues qué se hacen los alfileres?

SEÑAL POSITIVA DE MUERTE.

Para saber de una manera positiva si una persona ha dejado de existir, átese fuertemente una cuerda en derredor de un dedo de la mano. Si el dedo toma un color rojo azulado, es señal de que está aún viva la persona; si permanece el dedo pálido ó blancuzco, es ya cadáver.

La razón es la siguiente. La sangre circula por las venas mientras hay una chispa de vida. En cuanto cesa la circulación, sobreviene inevitablemente la muerte, y resucitar es imposible.

Por tanto, al ligarse fuertemente el dedo con la cuerda, se ingurgitan* las venas y toma ese color rojo azulado de que hablamos y que es señal positiva é inequívoca de vida. Esta prueba fué propuesta por el célebre Doctor Magnus de Breslau.

EL NIÑO GADITANO.

Está llamando la atención en el Gran Circo ecuestre de Londres el *Niño Gaditano*, ó sea el pequeño *Góngora*, discípulo del Sr. Colmar.

Nuestro joven compatriota ha ganado los dos premios que el gobierno inglés tiene por costumbre adjudicar al que más se distingue en esta clase de trabajos.

El primer premio lo alcanzó con el difícil ejercicio de la *Percha Escalera*, y el segundo haciéndolo en la percha sin escalera *El marinero naufrago*, quedándose tendido sobre el tope de la percha sin sujeción ninguna, nada más que guardando el equilibrio en el peligroso y rápido movimiento de imitar la natación.

El *Niño Gaditano* ha despertado tales simpatías en el público de Londres, que atrae una gran concurrencia al Circo de aquella populosa ciudad.

La ciudad de Londres no es una ciudad, sino un mundo. Tiene cuatro veces más población que Nueva-York y San Petersburgo; es dos veces mayor que Constantinopla; ocupa una tercera parte más de superficie que París, una cuarta más que Pekín; y todas las capitales de España reunidas caben en su circuito. Contiene tanta gente como Escocia; posee el duplo de la población de Dinamarca, y tres veces más habitantes que el reino de Grecia. A pesar de esta aglomeración de almas, su estado sanitario es excelente, sobre todo, si lo comparamos con el de Lisboa ó el de Madrid, donde el número de defunciones es superior al de nacimientos.

En Londres muere una persona cada ocho minutos, y cada cinco nace otra.

Cuenta más de 10.000 fondas que frecuentan regularmente 500.000 personas.

Por cada 890 habitantes, hay un loco.

Hay un panadero para cada 1207 habitantes; un carnicero para cada 1.557 personas; un tendero para cada 1.800 almas, y un agente de policía para cada 668 ciudadanos.

Hay 600.000 pobres que viven de lo que pueden, y 30.000 niños que en andrajos asisten diariamente á las escuelas.

La mitad de aquel mundo bebe copiosamente, y 10.000 de sus habitantes se emborrachan cada día.

La experiencia ha demostrado que las uñas del hombre llegan á su completo desarrollo á los cuatro meses y medio. En consecuencia, un hombre de setenta años habrá renovado sus uñas 185 veces durante su vida.

VARIEDADES.

Hay una ley eterna, decidida
Que nos somete á todos á igual suerte:
El instante primero de la vida
Es el paso primero hácia la muerte.

La mujer *bella* es un libro, que consta de una sola página y se examina con una sola mirada. La mujer *bella y buena* es un libro que consta de tantas páginas, que la vista entera no basta para hojearlo, ni el corazón para sentir las emociones que produce.

Donde una flor se marchita
Da al espacio su perfume;
Donde un hombre se consume
Deja el polvo de su ser;
Donde se eclipsó una estrella
Murió una luz refulgente;
Y donde muere un presente
Quedan recuerdos de ayer.

Llora una niña, y sus lágrimas
Dejan en su faz las huellas,
Y deja máximas bellas
En el mundo la virtud;
Por donde pasa el dolor
Deja hundida su saeta,
Por donde pasa un poeta
Deja un himno su laud.

Un caballero dirigió el siguiente discurso á un criado nuevo:

—Mira, hijo, á mí me gusta hablar poco, y quiero que á media palabra se me entienda y se me adivinen los pensamientos. Así, cuando te diga: «Voy á afeitarme,» debes entender que quiero agua, jabón, navaja, tohalla, y todo lo que se necesita para afeitarse. Y como te digo para esa operación, así para todo lo demás.

Así lo hacía el criado, y el amo estaba contentísimo. Pero un día se siente indispuerto; llama al criado y le dice que está malo y que avise al médico.

A pesar de que el médico vivía cerca, el criado tardaba en volver. Al fin, al cabo de tres horas, entra y dice á su amo:

—Ya está aquí todo.
—¿Y qué es todo? pre junta el amo azorado.
—Señor, como V. me ha dicho que le adivine los pensamientos, he ido á buscar al médico, al Viático, al escribano, la caja, la mortaja, y ya quedan los caballos enganchados al carro funerario.—V. me dirá ahora dónde quiere que le entierren.

Decía un jugador de la lotería:
—¡La desgracia me persigue! ¡Billete más infortunado!...
—¿Qué es eso?—le preguntó un amigo.
—Que si este 4 hubiese sido un 3, este 7 un 9, este 0 un 8 y este 2 un 6....
—¿Qué?...
—¡Me habría caído el premio gordo!

Cuando era niño el poeta inglés Carlos Lamb, fué con su madre á visitar un panteón, y maravillado de leer en todos los epitafios de las lápidas el inevitable «Aquí yace Fulano de Tal, buen padre, buen hijo, buen esposo, etc.,» preguntó cándidamente:

—Mamá, ¿y dónde entierran á los malos?

Preguntaron un día á Diógenes* cuál era la mejor hora para comer, y contestó: «El rico cuando tenga gana, y el pobre cuando tenga qué.»

Alfonso el Prudente, rey de Aragón, decía que entre las cosas que buscan los hombres toda su vida, nada hay mejor que tener «leña vieja que quemar, vino añejo que beber, y libros viejos que leer.»

Preguntándole uno á otro qué era lo que llevaba dentro de un pañuelo, respondió: «¡Toma! Si yo quisiera que supiesen lo que llevo, no lo llevaría tapado.»

Un caballero dijo á un niño:
—Mira, chico, te doy un duro si me dices dónde está Dios?

—Pues mire V., caballero, contestó el niño sin turbarse, yo le doy á V. dos, si me dice dónde no está.

—¿Qué diferencia hay entre la rueda de un coche y un abogado?
—Que á la rueda del coche es necesario untarla para que no meta ruido, y al abogado para que lo meta.

—¿Por qué se parece una isla á la A?
—Porque está en medio de MAR.

—¿Cuáles son los santos que están en el calendario y no están en el cielo?
—El jueves santo, el viernes santo y el sábado santo.

—¿Cómo concluyen todas las cosas?
—Con una S.

CHARADA.

Primera con cuarta debes
Hacer siempre de tu padre,
Ó te segunda y tercera
Muy serio aunque no te cuadre.
Con prima, segunda y terciá
Te habré de tratar si eres
El todo con tu hermanitos
Y cumples con tus deberes.

OTRA.

Es la primera y tercera
Un cuadruplo animal,
Y verás segunda y prima
En pantano y cenagal.
Mucho en el vestir se usa
Juntas segunda y tercera,
Y es planta que en su verdor
Hace bonita pradera.
Y para auxiliar mi todo
Pueden servir de motor,
El aire, el agua, la sangre,
Ó la fuerza del vapor.

FUGA DE VOGALES.

.n l.b. . n. h.n. s. .nc.ntr.r.n
.r.c.pr.c.m.nt. s. tr.g.r.n
.f.ct. d. l. g.l. .v.c..mp..l
q.. d.b.s .v.t.r. .m.g. m..

FUGA DE CONSONANTES.

.a .o.e.o.e.e.ia .e .o. .i.o.
.ue..a u. .ea. a. .e.

VOCABULARIO.

Asterisco—Estrellita que se usa en los impresos, para llamar la atención hácia una cita.
Bálmico—Eminente sacerdote español, gran filósofo y modelo de virtudes.
César—Emperador romano, gran capitán y gran historiador.—Aquí se imita la conocida frase suya: *Vine, vi y vencí*, en que resumía dicho general su más atrevida conquista.
Cónclave—La junta de cardenales que se reúnen para elegir Papa.—Por extensión puede aplicarse al congreso de los pueblos civilizados.
Crisálida—La mariposa antes de llegar á su brillante existencia alada, ha sido oruga. Llámase crisálida, el estado anterior á dicha transformación.
Diógenes—Filósofo antiguo que vivía en un tonel, sin más muebles que una alforja, un bastón y una escudilla, de la cual se desprendió al ver que un joven bebía en el hueco de la mano.
Economía Política—La ciencia que trata del bienestar é intereses materiales de la sociedad.
Estadística—Ciencia importantísima que enseña las relaciones del Estado respecto á su extensión, población, moralidad, comercio, industria y agricultura, en un tiempo dado.
Ingurgitar—Se aplica á las venas cuando se rellenan densamente de sangre.
Larva—Algunos insectos al salir del huevo parecen lombrices. Llámase larva á este estado. El renacuajo es el embrión de la rana.
Libras esterlinas—Moneda de oro inglesa, equivalente á nuestras piezas de oro de cien reales.
Liquen—Planta que crece en las rocas, en las paredes y hasta en la corteza de los árboles.
Nicotina—El elemento venenoso que encierra el tabaco y que causa sopor y á veces mata.
Nómada—Aplicase á las tribus ó familias que no viven en lugar fijo, sino que andan errantes.
Pauperismo—El estado de miseria tan extrema de algunos pobres que, sin auxilio del Estado, perecerían de hambre.

BLASILLO DE SANTILLANA.

(Es propiedad del autor.)

CAPÍTULO PRIMERO.

El sotabanco de la calle del Pez.

En una noche deliciosa del mes de Marzo, el enjambre de vendedores de periódicos que inundaba a Madrid de ocho a nueve vociferaba y culebreaba cual de costumbre por las calles de la coronada villa como una legión de condenados surgidos de las entrañas del infierno. Entre la infinita variedad de vendedores que iban y venían atronando el aire con sus chillidos y atropellando indistintamente cuantos a su caprichosa circulación no se prestaban, notábase un chico de unos doce ó trece años, de mirada jovial y porte franco, rubicundo como un inglés, inquieto como una ardilla, tallado como un pequeño Hércules, y dotado de un conjunto de facciones, tan poseídas del don de fascinar, que raro era el transeunte que resistía á la tentación de comprarle algún periódico. Vistamos á nuestro héroe con un traje de paño pardo mal cortado, y camisa limpia y bien planchada; atémole un torcido lazo color del arco iris á manera de corbata en el pescuezo; inclinémole picarescamente un kèpis de soldado sobre la oreja; coloquémosle un enorme manojo de periódicos bajo el brazo, y obtendremos la vera efigie de Blasillo de Santillana, primer galán de nuestra historia, y último vástago del famosísimo Gil Blas, de gloriosa memoria, cuyas aventuras vienen maravillando á medio mundo desde los malos tiempos del buen rey don Felipe III de Austria.

Poco más de un cuarto de hora bastó á Blasillo para explotar la sed de noticias que devoraba á media Puerta del Sol, llenándose de cuartos y aun de pesetas los bolsillos, pues por aquel entonces, como hoy, todo fiel cristiano se creía muy obligado á comprar todas las noches ese gorro de dormir de la coronada villa de Madrid que llamamos *La Correspondencia de España*. Despujado que hubo las tres cuartas partes de su manojo, tiró Blasillo calle de la Montera arriba y comenzó á servir sus periódicos á domicilio, porque han de saber nuestros lectores que era el tal chico mozo de gran ingenio, muy dado á buscárselas por todas partes y de todos modos, y que merced á una precoz perseverancia se había formado una buena clientela de abonados que le producían con que mantener holgadamente á su familia, compuesta á la sazón de una hermanita menor y de una abuelita que ya había perdido cuenta de los años que tenía. Decíamos, pues, que tiró calle de la Montera arriba, siguió la de Hortaleza, dobló por la de las Infantas, subió parte de la de San Bartolomé, dió sendas vueltas y revueltas, continuando su obra de distribución con febril actividad, hasta que vino á parar á un magnífico palacio, situado á media calle del Barquillo, donde entró.

Subió, llamó al piso principal, alargó un periódico al que le abría, y disponíase ya á volverle las espaldas, cuando un enorme individuo, vestido á manera de portero de casa grande, le agarró de un brazo sin ningún comedimiento, le introdujo en el cuarto y cerró tras sí la puerta con la autoridad mayor del mundo.

—Mira,—dijo el portero,—quiere verte el señor conde.

—Pues mire V., diga V. al señor conde que no estoy visible,—contestó impertinentemente Blasillo, á quien parecía algo pesada aquella broma.

—Te digo que quieren verte, cara de langosta,—repuso todo hosco el enorme portero,—con que si no deseas que te lleve por esa peluca de cerdas rojas que Dios te ha dado por cabello, echa á andar por ese pasillo, entra por aquella puerta vidriera donde ves luz, y llama al despacho.—Sin saber por qué, tiró adelante el chico, llegó á la puerta vidriera, volvió la cabeza como para consultar al portero que desde el extremo del pasillo le observaba, y obedeciendo á un signo afirmativo de éste, abrió la puerta pero tan estrecha y sutilmente que más que entrar hubo de colarse, sin producir otro ruido que el levisimo rechinar de unos goznes bien untados. Medio vuelto de su pasmo,—que pasmado aún se hallaba el buen Blasillo de habérselas tan inesperadamente con todo un señor conde,—notó que se encontraba en una espaciosa antecámara repleta de objetos raros y de arte, y cuajadas las paredes de escudos de armas y de panoplias antiguas y modernas.

Fijando más la vista en derredor, reparó al fondo de la pieza en un lujoso tapiz que parecía cubrir la entrada de otra habitación, á juzgar por un giron de luz que se escapaba y por el eco de dos voces que semejaban sostener una conversacion acalorada.

—Precisamente por ese motivo he dado orden de que me detengan al chico que nos trae *La Correspondencia*, y que vive en el mismo cuarto que ella;—decía una voz de hombre.

Oyendo esto Blasillo, se preguntó *quién sería ella*, abrió tamaño oreja y comenzó á aproximarse á paso de gato hacia la puerta, deteniendo la respiracion para no perder una palabra de aquel diálogo, que ya le interesaba.

—Es necesario, de todo punto necesario, y cueste lo que costare, poseernos de esos malditos papeles,—contestó á la voz de hombre una voz vibrante de mujer.

—Pierde cuidado, Estefanía, que bien caros los pagamos.

—Y por fin, ¿con cuánto se ha arreglado Mugica?

—Con medio millon.

—¡Medio millon!—chilló desesperadamente la voz de mujer,—¡qué robo!

—Es enorme; mas peor habría sido perder los diez millones.

El nombre de Mugica, mezclado á lo de los diez millones y al interés que inspiraban necesariamente unos papeles que tan caros se pagaban, parecieron atraer como un iman el ojo derecho de Blasillo á la reluciente abertura del tapiz, para ver que los interlocutores anónimos eran un caballero de unos cuarenta años de edad, de aspecto frio y aristocrático, y una dama, jóven aún, que no podía esconder la inquietud que la agitaba.

—Y á ella,—continuó la dama,—¿cuánto la ofrecemos?

—Un millon.

—¡Otro robo, Virgen Santísima, otro robo!

—A menos que no prefieras, hermana Estefanía, devolver á la viuda los cinco millones que heredaste de nuestro padre, y cuya legítima propiedad nadie puede disputar á los dos hijos de nuestro difunto hermano Raimundo.

—¡Oh! eso jamás, jamás, jamás,—repuso precipitadamente la dama;—y dí, ¿el plan de arrancarla por fuerza los papeles?

—No es tan fácil cual creíamos en un principio; pero opina Mugica que, como último recurso, debe intentarse.

—¿De qué modo?

—Por medio del chico que nos trae *La Correspondencia*.

—¿No sería más seguro seducirle algun criado?

—Precisamente: el chico es su único criado; la táctica de Mugica ha consistido en reducirla á la miseria, y carecen de otro sirviente.

—Y ¿estás seguro de que el chico se prestará á tu combinacion?

—Figúrate qué cosa no hará un vendedor de periódicos por un talego.

Si hubieran aplicado una bofetada á Blasillo, no se le habría encendido más vivamente el rostro de vergüenza.

—Pero al cabo, Felipe, ¿cuánto tenemos adelantado?

—Tocan las cosas á su término. Bien sabes que nuestro abogado Sotillo, una vez convencido de que las reclamaciones de la viuda no podían ser más legítimas ni sus pruebas más inconcusas, propuso transaccion, bajo mano... ya sabes... al Licenciado Mugica. Se convino en medio millon para Mugica por el servicio, y en un millon para la viuda por los papeles.

Pero como Mugica, desde que se encargó del asunto, había desplegado tanta tenacidad en defender á su cliente, comprenderás que no era fácil deshacer en un día todo lo hecho en seis meses sin despertar su desconfianza, y por tanto recurrió á la táctica de reducirla primero á la miseria más extrema, haciéndola gastar los exiguos recursos que poseía; luego la manifestó ciertas exigencias de dinero que ella no pudo naturalmente satisfacer; poco despues soltó alguna que otra duda, respecto del éxito de una demanda judicial, y hasta la asustó, contándole algunos casos en que las pretensiones más legítimas se habían convertido para el mundo en infames imposturas; en suma, ha desprestigiado su causa lo bastante, para que la viuda, enferma y abatida, haya perdido toda esperanza de sacar un cuarto de nosotros.

—¿Y no habría sido más fácil,—interrumpió la dama,—que Mugica nos hubiera entregado los papeles?

—Sin duda; pero la viuda jamás ha querido confiarlos á nadie fuera de su cuarto.

—Y ahora, ¿qué hacen Mugica y Sotillo?

—Están en casa de la viuda, entregándole el millon y recogiendo los papeles.

—¿Y si no lo logran?

—Apelamos al chico de *La Correspondencia*.

—¿Y si no quiere el chico?

—Dejo yo de ser conde de Recoletos, y tú de ser millonaria.

Por más que Blasillo se contenía los latidos con ambas manos, el corazon parecía querer saltársele del pecho. Comenzó á recular paso á paso hasta la puerta vidriera, la abrió sin sentirse como antes, salió con naturalidad, sujetando el paso cuanto pudo, y al llegar junto al lacayo que le despedía, sacó con mucha gravedad dos cuartos del bolsillo, se los puso en la mano, diciendo:

—Toma tu propina,—y echó á bajar las escaleras como alma que lleva el diablo, porque no tenía piernas bastantes para llegar al punto donde su corazon le llamaba á todo prisa.

Volar por la calle de Válgame Dios, atravesar las de Hortaleza y Fuencarral, y bajar la Corredera hasta la calle del Pez, fué obra de cinco minutos para el chico, que no paró hasta llegar al quinto piso de la casa en que habitaba, y donde también debía de habitar la pobre viuda á quien amenazaba la desgracia de ser robada una fortuna colosal.

Componíase el sotabanco de tres habitaciones. En la una, vivía Blasillo con su hermana y su abuelita; en la otra, la viuda y sus dos hijos; en la última, una especie de filósofo á quien visitaremos en breve.

Dirigióse Blasillo recto al cuarto de la viuda, y dió tres leves golpes á la puerta. Al punto abrió una niña de diez ú once años, bastante crecida y con una cabeza rubia tan angelical, que, más que criatura de este mundo, semejaba una de esas figuras que los artistas pintan siempre que quieren representar alguna hija de los cielos.

—Señorita Nieves,—prorrumpió el chico apenas se halló dentro: ¿son VV. algo del conde de Recoletos?

La niña bajó los ojos, pero no pronunció palabra.

Aquel silencio fué un *sé* elocuente para la perspicacia de Blasillo.

—Respóndame V. por amor de Dios, señorita,—continuó el chico,—¿ha llegado el señor Mugica?

La niña, azorada, señaló hacia una habitación que ordinariamente les servía de comedor.

—Si habré llegado tarde,—dijose para sí el vendedor de periódicos, aplicando un ojo á una raja de la puerta, y conteniendo la respiracion para no perder pizca de lo que se hablaba en lo interior.

Blasillo podía ver perfectamente á la desgraciada viuda sentada en un raído sofá entre dos hombres vestidos de negro, que parecían fascinarla como dos serpientes, con la vista fija en ella. En uno de los hombres reconoció al Licenciado Mugica, abogado de la viuda: en cuanto al otro, infirió naturalmente que sería el tal Sotillo, abogado del conde de Recoletos.

—Señora,—decía Sotillo á la sazón,—la reputacion de la casa de Recoletos no debe mancillarse con un asunto que más que pleito, sería escándalo. Así, sírvase V. imponer sus condiciones, y démos por terminada la cuestion.

—Mi cliente, la señora doña Ursula, aprecia en lo que vale la delicada conducta del señor conde, Licenciado Sotillo, mas no podemos alcanzar por mucha buena voluntad que queramos poner en ello, qué beneficios....

—Seamos claros, señor Mugica, y concluyamos,—interrumpió Sotillo, dando á su voz cierto acento de impaciencia perfectamente imitado y sacando un legajo de papeles del bolsillo. Usted ha examinado esta acta de defuncion del hijo primogénito del señor conde de Recoletos, acaecida en 1848 en la ciudad de la Habana, un año justo despues de haber abandonado el malogrado jóven el techo paterno, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—¿Usted no niega su autenticidad?

—No la niego.

—Además esta carta autógrafa en que el hijo pide perdon al padre antes de volarse la tapa de los sesos, coincide perfectamente con el hecho, ¿no es así?

—Así es.

—La carta está escrita en un sólo pliego de papel, sin sobre ni cubierta, y lleva puestos los sellos de la administracion con fecha de 1848, y designa su origen y direccion correspondientes. No podía haberse previsto humanamente que en 1868 debía presentarse en vida un pretendiente á reclamar los derechos del que en 1849 hubo desuicidarse en América. Luego esta carta y esta acta de defuncion constituyen pruebas irrefutables, ¿no es así, señor Licenciado?

Mugica bajó hipócritamente la cabeza como confundido por aquella serie de raciocinios que parecían contundentes.

—Yo apelo á la reputación del abogado y á la conciencia del hombre de bien que siempre he conocido en V., señor Mugica, porque el conde de Recoletos está decidido á traer el negocio ante los tribunales en el terreno de la impostura, si V. se obstina en aconsejar imprudentemente á esta señora; pero al propio tiempo traigo instrucciones para comprar el silencio de su cliente, proporcionándole lo necesario para que al menos puedan gozar ella y sus hijos de cierto bienestar... esto es, si abandonan por completo sus pretensiones.

La viuda levantó con orgullo la cabeza, y mirando fijamente á Sotillo, dijo en voz vibrante:

—Caballero, ni yo ni mis hijos hemos venido á Madrid á mendigar caridades al señor conde de Recoletos, y mucho menos á que se nos compre un silencio que atañe tanto al honor de mis dos hijos, cuanto la conducta del señor conde atañe á su conciencia. —Ante el peligro de manchar la memoria de mi marido con la impostura, renuncié á todo derecho y regreso á mi país, pobre pero honrada.

Y la señora se levantó toda indignada.

Sotillo y Mugica que no se esperaban á esta salida viril en una mujer tan abatida por la suerte, se miraron aterrados. Mientras tanto Blasillo semajaba batir palmas de entusiasmo.

—No ha sido mi ánimo ofender á V., señora doña Ursula, —contestó tras una pausa el Licenciado Sotillo, —y una vez que como abogado me he explicado refiriéndome á mi estimado colega el señor Mugica, cúpleme manifestar á V., á la mujer, á la esposa, á la madre, que por más que estoy convencido de que carecen de toda fuerza legal sus pretensiones, no tengo moralmente las mismas convicciones respecto de su legitimidad. Me cuesta hacer esta confesión pero así lo exigía mi delicadeza para, sin herirla ahora, tener el derecho de ofrecer á V., en nombre de mi cliente, y en nombre de la más pura justicia, este millón que deposito en manos del señor Mugica, bajo la única condición de no revolver las cenizas de los muertos, ni lanzarlas por los cuatro vientos del escándalo.

Mugica se levantó como obediendo á un noble sentimiento de gratitud, y exclamó estrechando con efusión las manos de Sotillo:

—Gracias, señor Sotillo, gracias á V. y al noble conde de Recoletos, que salvan de la más triste miseria á dos huérfanos y á la más desgraciada, á la más digna de las mujeres.

—Señora, enjugué V. sus lágrimas y para que quede sellada una paz eterna que nada pueda interrumpir, á la par que recibe V. esta fortuna, destruyamos cuantos papeles puedan suscitar pretensiones en lo futuro.

—Es muy justo, señor Sotillo, —es muy justo interrumpió al punto Mugica, —entregaremos á usted cuantos documentos puedan turbar la tranquilidad del señor conde, ¿no es así, doña Ursula?

La viuda movida por aquel rasgo de generosidad tan elocuente cuando tan cerca se veía de la miseria, levantó su hermosa cabeza y exclamó sonriendo entre sus lágrimas:

—Sí, sí, paz por siempre, ya que mis hijos son felices.

Sotillo comenzó á contar con una calma que rebosaba un mundo de satisfacción, el millón de reales que traía en un enorme legajo de billetes de banco.

Apenas había visto Blasillo sucumbir á doña Ursula, volvióse hacia Nieves como un loco, diciéndola:

—Señorita, van á robar los papeles de su padre, ¿dónde están?

—Los papeles de papá son sagrados, —contestó la niña, y nadie debe tocarlos.

—Sí, son sagrados, señorita, y por eso es necesario que no los roben.

—¿Y quién los había de robar?

—Esos hombres que están engañando á doña Ursula. En nombre de su padre, señorita, ¿dónde están esos papeles?

Dominada la niña por la emoción tan verdadera de Blasillo, le asió de una mano, le llevó al dormitorio de su madre y señalando á un arca enorme colocada en un ángulo apartado de la estancia, murmuró: —Ahí están.

Blasillo se arrojó sobre el arca, forcejando por abrirla y pidiendo sordamente:

—La llave, la llave, ó se condena doña Ursula.

Aquella inspiración fué sublime en tales momentos por el efecto mágico que operó en la voluntad de Nieves, pues la decidió como por encanto, á lo que de otro modo jamás se habría atrevido á hacer la niña, y fué, dirigirse á un secreter, tocar un resorte, extraer de un cajón

cito un pequeño haz de llaves, y entregarlas á Blasillo diciendo:

—La grande es la del arca y la dorada la del cofre de hierro que está dentro.

Agarró el chico las llaves febrilmente, hincó en tierra una rodilla, abrió el arca y extrajo un cofrecillo de hierro muy pesado. Lo abrió también, sacó cuantos papeles en él había, y guardándose los entre la piel y la camisa, miró solemnemente á Nieves, exclamando:

—Señorita Nieves, por el alma de su padre que nadie sepa que yo tengo los papeles hasta que esos hombres se hayan marchado, ó somos perdidos, —y salió desalado dejando á Nieves el trabajo de cerrar los cofres y volver el haz de llaves al secreter.

Escapóse también Nieves, y un momento después se oyeron los pasos de la viuda, que se dirigía á su estancia en solicitud de los papeles. Tras un minuto, repercutió un grito desgarrador, y la señora volvió al comedor desfavorida. Sólo pudo articular:

—¡Me han robado! —y cayó exánime en el sofá.

—¡Robado! —exclamaron á un tiempo Mugica y Sotillo, irguiéndose como víboras, y mirándose como espectros.

En aquel punto tocaron fuertemente á la puerta exterior.

Al abrir, que habían abierto, Sotillo se arrojó sobre el haz de billetes de banco que estaban extendidos en una mesa, y se atestó con ellos los bolsillos.

Abrióse la puerta del comedor violentamente, y Nieves, anegada en llanto, se arrojó sobre el cuerpo de su madre.

Detrás de la niña, entró un jovencito de unos catorce ó quince años, delgado y enfermizo, pero de talante entero y enérgica mirada.

—¿Qué sucede aquí, caballeros? —dijo el jovencito, sin quitar la vista de Mugica.

—¿Que se muere nuestra madre, Orlando —balbuceó Nieves con la voz empapada en lágrimas.

—Que han robado los papeles de vuestro padre, caballero, los papeles que encerraban vuestra única fortuna, —contestó secamente Mugica.

Aque la noticia dejó un momento estupefacto al jovencito; pero reponiéndose al instante, corrió hacia la estancia de su madre, y desde el dintel de la puerta, vió con la velocidad del rayo las huellas que denunciaban al ladrón, y que doña Ursula en su terror no había podido percibir naturalmente. A la izquierda del arca yacia un képis de soldado; á la derecha, un manojito de *La Correspondencia de España*.

—¡Ah! —gritó el chico triunfante, —ya conozco al ladrón.... Yo siempre creí que ese pillete era una víbora que estábamos criando.... y volviendo al comedor, donde los abogados echicheaban acaloradamente, les dijo, mostrándole las prendas.

—Aquí está denunciado el ladrón, señores, aquí por su gorro (y mostraba el képis) —y aquí por su oficio (y mostraba los periódicos). —El ladrón es Blasillo de Santillana, nuestro vecino.

Aquella revelación fué un rasgo de luz para Mugica, que habló á Sotillo quedísimo al oído, y salieron del cuarto precipitadamente.

Apenas hubo salido Blasillo con los papeles de la viuda, se coló por la puerta del cuarto inmediato, que siempre estaba abierto, y donde ya hemos dicho moraba una especie de filósofo octogenario, á quien hemos prometido visitar con el lector.

Pasó el chico el cerrojo por dentro con cautela, y penetró en una espaciosa habitación destaralada, á cuyo extremo se veía un horno de barro que brotaba vivas llamas por los costados de sendos crisoles y calderos. Estaban cubiertas las paredes de estantes y tabloneros, cuajados á su vez de alquitaras, redomas, morteros, legajos de papeles y libros viejos polvorientos; y colgaban de los techos confusamente muchedumbre de animales disecados, de plantas multicolores y de esqueletos cenicientos entre los cuales podía verse el origen de no pocos era humano. Aquel cuarto parecía la boca del infierno y semejaba ser el mismísimo demonio, el amarillo y descarnado anciano que arrellanado en un ancho sillón de baqueta observaba fijamente los crisoles candescientes.

—Doctor, —exclamó el chico al entrar, dirigiéndose al anciano: —¿Qué son estos papeles?

Volvió los ojos el esqueleto viviente, y después de reconocer á Blasillo, tomó el legajo y se puso á hojearlo lentamente.

Por más que el chico fijaba la mirada en el millon de arrugas que componían la cara del vejete, nada traslucía á través de la impasibilidad de su semblante, y tuvo que morderse dos ó tres veces la lengua para no interrumpir el

examen minucioso que parecía hacer de los papeles el filósofo.

—Dí, comadreja —prorrumpió al cabo en voz chillona y estridente, —¿dónde has desenterrado esta fortuna?

—¡Una fortuna, Doctor! ¿y es muy grande?

—Tan grande que habría con que hacer felices á cien familias.

—Pero ¿qué son los papeles?

—Esto es una fé de bautismo del hijo primogénito de un tal conde de Recoletos, fechada en 1846. Esto, un documento en que se declara que un tal Pedro Ponce, no es Pedro Ponce, sino dicho primogénito del conde de Recoletos: está firmado por el arzobispo de Méjico y por tres vecinos de aquella capital. Hé aquí un admirable retrato de mujer engarzado en un marco de diamantes que vale por sí un Potosí. Esto es una copia del testamento de la condesa madre de Recoletos, legando todos sus bienes á su hijo único Raimundo. —Aquí, un inventario en que se evalúan los bienes de la condesa en diez millones. —Y esto, el testamento del llamado Pedro Ponce, en que declara ser el hijo primogénito de los condes de Recoletos, y dejando por herederos á sus hijos Orlando y Nieves habidos en su legítima mujer, doña Ursula de Bethencourt en Santa Cruz de Tenerife.

Fijando entonces severamente los ojos en el chico exclamó:

—¿Y cómo estás tú en posesión de estos papeles?

—Los he robado, Doctor.

—¡Desgraciado, qué has hecho!

—Si no los hubiera robado yo, los habrían robado ladrones verdaderos.

Y Blasillo narró de cabo á rabo las peripecias de aquella noche malhadada, desde que había pisado los umbrales del palacio de la calle del Barquillo.

—Has hecho bien, hijo mío, ¡Dios premiará tus intenciones!

—Ahí verá V., Doctor, el corazón me dice que Dios me castigará, —dijo el chico con un acento sombrío que hizo sonreír al anciano, —pero resulte lo que resultare, he salvado á doña Ursula y á Nieves. ¡Ah! y ahora que recuerdo, voy á ver á mi abuelita; mientras tanto, guarde usted los papeles, Doctor, que pronto vuelvo.

Salió á escape de la habitación y llamó al cuarto vecino donde él habitaba.

Una niña más ó menos de la propia edad que Nieves, pero robusta, hermosísima, morena y de ojos rasgados á la andaluza, vino á abrirle, y en cuanto le vió se arrojó sobre su cuello.

En cuanto pudo deshacerse de su hermana, encaminóse Blasillo á una butaca donde una viejecita estaba como embutida entre tres almohadones.

—Buenas noches, abuelita, —dijo Blasillo, estampándole un beso en la mano.

—¡Dios te bendiga! —Temprano vuelves hoy, tuno.

Y se le encandilaron los ojos de felicidad á la abuelita, porque aquellos dos niños, huérfanos de padre y madre, eran los pedazos de su alma.

—Sí, abuelita, vengo temprano á decir á su merced que si esta noche vuelvo tarde, no hay por qué asustarse. Tengo que hacer fuera.

—Pícaro, ¿ya la vas echando de hombre, eh?

—Ya se vé, —murmuró para sí la vieja, —desde que tiene nueve años nos mantiene....

En este punto tocaron fuertemente á la puerta. Abrió la niña y entró Mugica seguido de dos agentes del orden público.

—Ese es, —dijo Mugica, señalando con el dedo á Blasillo.

Adelantó el agente, y echando garra del cuello del chico con rudeza, le intimó, diciéndole:

—Date preso.

—¡Preso! —chilló la abuelita, enderezándose como si sólo hubiera tenido veinte años, —¡preso mi hijo!, y ¿por qué?

—Por ladrón, —contestó Mugica brutalmente.

La viejecita cayó como herida por un rayo, y el civil empujó á Blasillo hacia la calle.

Cuando la nieta se aproximó á la infeliz anciana, ya su pulso no latía: estaba muerta; aquella calumnia brutal la había asesinado.

Antes de llegar al cuarto piso, sacó Mugica un puñado de oro, y mostrándolo á Blasillo, le dijo al oído:

—Si me entregas los papeles, eres libre y dueño de este oro.

—Sigamos á la cárcel, contestó el chico en voz alta. —el ladrón no soy yo, señor Licenciado, el ladrón es usted.

Esta respuesta dejó aterrado al abogado.

(Se continuará.)